

Boletín

Nº 152 Valencia

Noviembre - 2.006

(SEGUNDA ÉPOCA)

ASOCIACION CULTURAL
DE ESTUDIOS SOCIALES
(A.C.E.S.)

MATERIAS PRIMAS

Las materias primas y la energía necesarias para mantener y ampliar el desarrollo económico de China e India y el imperioso acceso a niveles de consumo y bienestar de sus poblaciones es el vehículo que utilizamos en este Boletín para explicar la espiral de interacciones, sobre todo económicas, pero también sociales y culturales, que está ya en marcha y que se acrecentarán en el futuro, entre el norte y el sur.

No podemos evitar el tono aparentemente catastrofista que destila porque la realidad es muy tozuda: los recursos son los que son y no hay más remedio que llegar a acuerdos para repartirlos, y no parece que desde el primer mundo estemos por la labor.



mercado de las materias primas y, en consecuencia, a mejorar el nivel de vida de los nuevos estados políticamente independientes.

Solo que para estas fechas casi toda la producción de materias primas en el tercer mundo, al menos de aquellas más necesarias para el crecimiento del capitalismo, desde el trigo y las maderas hasta el cobre y el uranio, estaban ya en manos de las multinacionales, por lo que si hubo algún beneficio se quedó en las arcas de los de siempre.

Al final del proceso de descolonización lo que ocurrió es que el mercado de las materias primas quedó abierto a todos los países, no solo a los imperios, pero en la práctica quedó únicamente a disposición del gran capital internacional, con lo que apareció el imperialismo económico que tenía la ventaja para la gran burguesía de que podía disponer de las materias primas sin necesidad de gastarse dinero en costosos ejércitos y administraciones.

Aunque la doctrina liberal del derecho de autodeterminación de los pueblos tuvo su importancia, la realidad es que las independencia de los países pobres era más rentable que mantener el sistema colonial, sobre todo para las grandes multinacionales que por aquel entonces (los años cincuenta) radicaban en su mayor parte en USA. Y así como Inglaterra predicó el fin de la esclavitud y la apertura de las fronteras al comercio internacional porque le convenía, (con independencia de la bondad intrínseca de ambas cosas), del mismo modo USA se convirtió en el campeón de la libertad de los pueblos, sobre todo si eran colonias de los demás.

Mientras las colonias estaban bajo el control de algún imperio, un mínimo de racionalidad impedía que unas colonias compitieran con otras del mismo imperio por las mismas materias primas, fueran estaño o té, opio o petróleo. Una vez concedida la independencia las cosas cambiaron mucho y



los nuevos países independientes rivalizaron con otros para vender los mismo productos, lo que produjo inevitablemente su abaratamiento. A su vez, el abaratamiento significó un empobrecimiento de los campesinos y mineros del tercer mundo, que vieron bajar sus ya míseros salarios. Este empobrecimiento permitió bajar más aún el precio de las materias primas, y así sucesivamente.

Para combatir la falta de ingresos cada país trató de aumentar la producción, lo que determinó un exceso de oferta y nuevos abaratamientos, tanto de las materias primas como de los salarios de los trabajadores y campesinos. Y en estas estamos desde los años sesenta para acá. Aunque no fue la única causa, la realidad es que este es el origen más importante de lo que hoy llamamos tercer mundo. Fueron la independencia política y el imperialismo económico (las transnacionales) los que lo produjeron. Pero echar la culpa al capital del mayor problema del mundo no es políticamente correcto, y los sabios, los técnicos de la cosa, los divulgadores de las sabias leyes de la naturaleza y toda especie de gurús, profetas, voceros y chiquilicuates del sistema se guarda muy mucho de decirlo.

Cuando hablamos de los problemas del tercer mundo, y en especial, del hambre, siempre tendemos a establecer causas de tipo político, como el colonialismo, la corrupción de los gobernantes, etc., siendo así que se trata de un problema económico con causas económicas y soluciones de la misma clase.

Al mismo tiempo que todo esto ocurría, en el primer mundo, entre nosotros, mientras la clase dominante (la burguesía y sus aliados) se enriquecía sin medida, los trabajadores mejoraban de nivel de vida, pero empeoraban en su relación con la burguesía y la distancia entre pobres del primer mundo (incluidos los trabajadores) y los poderosos de la tierra se



hacía y se hace cada vez más grande.

Así sigue cumpliéndose el vaticinio de Marx de unos ricos que cada vez son más ricos y unos pobres que cada vez son más pobres, tanto en términos relativos como en términos absolutos. Ha llegado el momento de que quinientos ricos tienen la misma renta que cuatrocientos cincuenta y siete millones de pobres, o sea, que un solo rico recibe la misma renta que 914.000 pobres.

No se trata de que los ricos sean un millón de veces más ricos que los más pobres, no. Son muchísimo más ricos. De lo que se trata es de que si los pobres reciben de promedio medio dólar al día, los ricos reciben 457.000 dólares diarios, es decir, trescientos sesenta y cinco mil euros al día, lo que representa una renta diaria de sesenta millones seiscientas noventa mil pesetas diarias. Al año serían más de veintidós mil millones de pesetas. Si estimamos que los más pobres reciben alrededor de un dólar diario la renta de los ricos es el doble de las cifras que hemos dado. No es que sea un escándalo, es un crimen.

Sin embargo, el nivel de vida de los trabajadores del primer mundo ha crecido sin cesar. Esto es un hecho incontrovertible. Pero ello ha ocurrido porque las necesidades de los trabajadores han sido cubiertas con los baratísimos productos provenientes del tercer mundo. Tanto los alimentos como los vestidos o los productos de consumos electrónico (desde los móviles a los ordenadores y los coches) están al alcance de los bolsillos de los trabajadores porque están hechos con el trabajo de los más pobres, los trabajadores del tercer mundo.

La situación de mejora del nivel de vida de los trabajadores del primer mundo ha sido utilizada como justificación de la bondad y excelencia del capitalismo lo que se consigue olvidando dos cosas.



El primer olvido es que mientras los trabajadores iban mejorando, se hacían cada vez más pobres en relación con la burguesía, cuya mejora de riqueza era, es y seguirá siendo muy superior a las mejoras obtenidas por la clase trabajadora.

El segundo olvido es que la mejora del nivel de vida de los trabajadores no ha sido una concesión graciosa y bondadosa de los capitalistas, sino sencillamente un desplazamiento de la explotación hacia el tercer mundo. Vivimos mejor porque ellos, los pobres de verdad, viven peor, o, al menos, no mejoran de nivel de vida. De este segundo olvido somos todos o culpables o cómplices. Para la inmensa mayoría de la gente la cosa se resuelve mirando para otro lado para seguir siendo inocente, lo cual, casi siempre, hay que reconocerlo, es un mecanismo inconsciente.

Por otro lado, todo esto de alguna manera es normal, porque el capitalismo, como sistema de explotación, es básicamente un sistema parasitario, que vive y ha vivido a costa de chuparle la sangre al resto de los sistemas económicos que en el mundo perviven. Para el que le cueste ver tal cosa, que piense qué es lo que ha ocurrido en España con la producción agrícola tradicional (el pequeño campesinado). Los capitales que los campesinos trabajosamente ahorraban sirvieron para financiar las empresas capitalistas, y los hijos que los campesinos alimentaban y educaban terminaron trabajando de obreros.

Tal y como está montado el tinglado, los ricos de los países ricos se han hecho infinitamente ricos y, encima, no tienen oposición de sus subordinados más cercanos, que viven, vivimos, de las migajas del expolio y además defendemos a capa y espada nuestros privilegios frente a los asalantados del imperio (los emigrantes) que cometen el pecado horrible de desear vivir como nosotros, es decir, como ricos. Porque, no se nos olvide, aunque



tas, etc., va a resultar imposible de satisfacer.

Tratemos de ver cómo puede ir la cosa. En un principio se iniciará una subida progresiva del precio de todas las materias primas más demandadas, como el hierro, el carbón, el estaño, el cobre, el algodón, el trigo, las patatas, el lino, el yute, el cacao, el café, el té, etc., aparte del petróleo y la energía en general, claro está.

De inmediato esto provocará una bajada del nivel de vida de los trabajadores de los hoy llamados países desarrollados. Lo inmediato es que suba el precio de los alimentos, de la ropa y de todos aquellos productos poco elaborados procedentes del tercer mundo. La cosa se agudizará porque la renta disponible de las clases trabajadoras viene bajando constantemente por el crecimiento de las cantidades destinadas a la vivienda, amén de que los salarios tienden en general a estabilizarse por la presión a la baja que, queriendo o sin querer, realizan los emigrantes.

Esta subida de precios afectará igualmente a los trabajadores del capitalismo emergente de India, China y otros países asiáticos y algunos africanos y latino americanos, lo que provocará inevitablemente una subida de sus salarios.

A su vez, la subida de salarios y mejora de nivel de vida en India y China encarecerá el precio de los chismitos electrónicos, así como el de la ropa y el calzado, de los coches y de otros artículos de consumo duradero como los electrodomésticos.

El encarecimiento de la mayoría de los artículos de consumo de la masa de trabajadores por cuenta ajena (antigua clase obrera) no dejará de tener graves consecuencias. En unas sociedades como la nuestra escasamente conflictivas, el rearme combativo de los trabajadores y, por ejemplo, el crecimiento en fuerza de los sindicatos no parece muy probable, aunque



veremos, porque cuando a la gente se la lleva al extremo no es fácil saber cómo va a reaccionar.

Lo normal es que la gente trate de resolver la situación por la vía política y se produzcan dos reacciones al mismo tiempo; por un lado un crecimiento de la politización y la militancia en partidos de izquierda, y, por otro, la radicalización, la xenofobia y el rechazo a los trabajadores del tercer mundo (para entonces uno de cada tres trabajadores en Europa, América o Japón será inmigrante), que nos quitan los puestos de trabajo, o sea, un crecimiento fuerte del fascismo. Siempre resulta más fácil echarle la culpa de nuestros males al más desgraciado.

Lo que sí parece evidente es que el incremento de la demanda de materias primas va a provocar una carrera inflacionista a nivel mundial. Tanto los trabajadores del primer mundo como los del tercero, así como los de India y China verán aumentar sus salarios siempre, eso sí, por detrás del aumento de los precios, y con ello una pérdida progresiva de nivel de vida. Todo esto debe conducir a un reajuste en el proceso de distribución a nivel mundial.

En este reajuste el mayor problema para el capital y sus teóricos (los economistas) estará en como se sustituye el actual mercado de los productos de consumo destinados a los trabajadores del primer mundo. Parece que lo “natural” sería que la disminución de capacidad de consumo de estos trabajadores fuera compensada por el crecimiento del nivel de consumo tanto de los proletariados de las economías emergentes (China, India y otros), así como el del campesinado y trabajadores del tercer mundo. No sería entonces necesario un fuerte crecimiento de los salarios de los trabajadores del capitalismo emergente, porque su gran número compensaría su menor capacidad de compra.



Esto, por su parte, exigiría un reajuste de la producción de artículos de consumo, desapareciendo parte de los productos de un cierto consumo “lujoso” (el de ,los trabajadores del primer mundo) e incrementando la producción de artículos de consumo básico (para los del capitalismo emergente y el tercer mundo).

Sea como sea, parece inevitable una baja del nivel de vida de los trabajadores del primer mundo y una elevación del mismo para el resto de los trabajadores. La burguesía seguiría acumulando y el reajuste se realizaría únicamente entre las clases dominadas a escala mundial.

En esta situación la distancia entre pobres y ricos se incrementaría aún más y las desigualdades pueden volverse tan fuertes que lleven a unas sociedades no democráticas donde el sometimiento no se consiga solo por el convencimiento siendo necesario el uso de la fuerza bruta y donde los derechos humanos que hoy creemos tan arraigados terminen siendo solo cosas de la historia..

Por el lado de la burguesía parece que la tendencia general debería ir hacia un aseguramiento del capital ante los posibles conflictos (ya se sabe que el dinero es cobarde) y la huida ya iniciada hacia los países emergentes se generalizará.

Frecuentemente oímos hablar de los productos chinos que invaden el mercado, como si fueran los capitalistas chinos los que nos comieran el terreno a los occidentales. Ciertamente son trabajadores chinos los que los fabrica y es en China donde se produce, pero rara vez se pone en evidencia que los capitalistas de esas industrias son de origen occidental, lo cual no es de extrañar cuando, por otro lado, se nos está hablando todos los días de las inversiones de capital español (o francés o lo que sea) en China.

Así, lo lógico (si es que la avaricia humana tiene alguna lógica)



es que el proceso lleva a una gran acumulación de capital en China e India, donde los derechos humanos no son apenas respetados y en los que el capital, protegido por fuertes estados puede campar a sus anchas. A este respecto parece que China tiene mejores perspectivas que la India. Claro que la forma de explotación que aparecería ya se parecería poco al capitalismo, pero eso es otro cantar. Lo importante es que la tendencia del capital y los capitalistas ya va por ese camino en nuestros días.

Evidentemente, todo esto son elucubraciones que seguramente no se cumplirán, porque la evolución del sistema ofrece demasiadas variables como para poder predecir con certeza qué puede pasar. Lo que hacemos es solo un pronóstico. Bastaría una guerra o una catástrofe mundial, o una epidemia incontrolable para que todo lo dicho quede en agua de borrajas.

Pero sí hay cosas de las que puede uno estar seguro, y la fundamental es que en el estado actual de la técnica y del conjunto de las fuerzas productivas es absolutamente imposible que el nivel de vida de que gozamos la generalidad de la población en el primer mundo pueda extenderse a la totalidad de la población mundial, y ni siquiera, como hemos visto a un tercio de la misma. El capitalismo, tal y como hoy funciona, es incapaz de solucionar la situación.

La amarga profecía de los ecologistas de que no hay recursos suficientes en el planeta, se va a ver de verdad, no en el plano de la recogida de las pilas y el papel y otras chorradas por el estilo que apenas si tienen que ver con el derroche de los ricos en general y de las multinacionales y los gobiernos en particular, sino con la realidad de que nuestro nivel de vida y la capacidad de acumulación de la burguesía no pueden seguir al mismo ritmo porque el globo terráqueo no da para más.

Y no porque no haya suficientes fuentes de energía (que es en

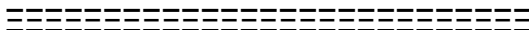


lo que más se fija el personal por la presión mediática de las petroleras) sino porque no hay ni alimentos ni materias primas suficientes para mantener el ritmo actual de despilfarro. Para mantener nuestros lujos estamos ya esquilmando el planeta y eso que solo nos beneficiamos menos de la doceava parte de la población mundial. Para que nuestro nivel de vida se extendiera a la población de China e India sería necesario producir cinco veces más materias primas que las que se producen hoy, conque el número de los más ricos pasaría de quinientos a dos mil quinientos millones de personas.

No se trata de recetas fáciles ni de apañitos pequeños. Se trata de la vida misma, del capitalismo y su sistema brutal e inhumano de manejar el poder real, el poder económico.

Nadie quiere bajarse del burro y seguimos todos en una loca carrera de ciegos voluntarios hacia la destrucción, no del mundo, sino de nuestro mundo, no de la humanidad o de la vida, sino de esta humanidad occidental, avara e ignorante, de esta vida vacía, acomodada, egoísta e inmoral.

No se sabe lo que vendrá después, pero, sea lo que sea, ya no será el capitalismo, que, para bien de la humanidad, está dando las últimas boqueadas.



Si deseas recibir este Boletín, envíanos tu dirección de correo electrónico a cualquiera de las siguientes direcciones:

j.moreno@ono.com

correjgc@gmail.com